

he sido; tengo el consuelo de no tener otro Juez del bien, ò el mal que he hecho, que à Vos solo. ¡Qué infeliz sería yo si huviera arreglado mi conducta à discrecion del Mundo, si huviera evitado el mal, y practicado el bien, por librarme de sus reconvenciones, ò por grangearme sus favores, pues él está resuelto à ser Juez de todo, y à no juzgar sino por pasion, ò capricho! Tendria, Señor, tantos Jueces de mis obras, y de mi corazon, quantos mundanos, y pecadores hay en la tierra. Ni tengo, ni quiero mas Juez que à Vos: *Tibi soli peccavi*. Si he obrado bien, en vuestra justicia tengo asegurada mi recompensa; y si he obrado mal, por vuestra gracia estoy seguro del perdon. El Mundo os juzgó à Vos sin justicia, y sin misericordia; à mí me ha juzgado del mismo modo, pero no por eso me he de quejar, ni he de perder el animo. De Vos espero la justicia, y la gracia; os la pido para mí, y para todos aquellos con quienes no la usa el Mundo, y aun para el mismo Mundo, si es posible, no obstante ser tan injusto, y cruel. Asi sea: *In nomine Patris, &c.*



SER-

SERMON
PARA EL MIERCOLES
DE LA CUARTA SEMANA
DE QUARESMA,
SOBRE LA CEGUEDAD.

Prateriens Jesus vidit hominem cæcum à natiuitate.

Jesus, al tiempo de pasar, vió un hombre ciego de nacimiento. *Joann. cap. 9.*



OS espectaculos muy diversos dividen hoy nuestra atencion en el presente Evangelio. Un ciego nacido en las tinieblas, à quien Jesu-Christo restituye la vista, y los Judios nacidos en la luz, à los que Jesu-Christo hiere con la ceguedad: no se contenta con esto, sino que para manifestarnos que estos dos efectos de su poder, son una imagen de lo que nos ha de suceder en adelante, de estas dos opuestas maravillas infiere esta conclusion. "Yo vine à este Mundo, nos dice, para exercer un juicio: *In iudicium ego in hunc Mundum veni.*" ¿Qué juicio es este, Señores? Oidle con temor,

Y

y respeto. Es, dice, para que los que no vén sean iluminados, y para que los que vén queden ciegos: *Ut qui non vident videant, & qui vident caeci fiant.*

Para que los que no vén sean iluminados: no me admira esto, Señor, porque vuestra misericordia es bien conocida; pero para que los que vén queden ciegos, esto es lo que no puedo comprehender. Es verdad que en los sagrados libros estamos oyendo resonar continuamente estas amenazas: Perecerá la sabiduría de los sabios, los heriré con la locura: *Peribit sapientia à sapientibus, percutiam amentia.* (a) Pero lexos de poder murmurar estos sabios ciegos de su estado, no tienen excusa alguna, por razon de que su ceguedad proviene de su propia voluntad, segun aquellas palabras de San Pedro: *Latet enim eos hoc volentes.* (b)

Consideremos, pues, hoy, Catholicos, la curacion de este ciego de nacimiento, junta à la ceguera de los Fariseos, y en la oposicion de estas dos maravillas reconocamos la justicia del castigo que Dios exerce contra nosotros, quando en medio de las luces del Christianismo permite que cayga sobre nuestros entendimientos aquel velo obscuro que nos oculta sus verdades; no nos ciega de un golpe, sino que permite que estas tinieblas caygan sobre nosotros por grados.

Tres diversas especies de espíritus perniciosos, señalados en las Escrituras, turban sucesivamente el nuestro, y consumen la ceguedad. El primero se llama por Isaías espíritu de adormecimiento: *Spiritus soporis.* (c) El segundo se llama por él mismo espíritu de aturdimiento: *Spiritus vertiginis.* (d) Y el tercero se llama por San Pablo espíritu de error, y de infidelidad: *Spiritus erroris.* (e) Heridos del adormecimiento, perdemos la atencion à la luz: heridos del aturdimiento,

(a) *Isai.* 29. 14. *Zachar.* 12. 4. (b) *2. Petri* 3. 3. (c) *Isai.* 29. 10. (d) *Isai.* 19. 14. (e) *1. Timoth.* 4. 1.

perdemos el discernimiento de la luz: y heridos de error, y de infidelidad, apagamos la misma luz. El primer grado no es mas que la obscuridad del entendimiento: El segundo es la corrupcion del entendimiento; y el tercero la rebelion del entendimiento. ¡Que deplorables son estos tres estados! Luego que se apodera de nosotros el habito del pecado nos hallamos en uno de estos tres estados. Examinemos cuál es este, y persuadamonos à que le hemos merecido, porque siempre que caemos en él es por culpa nuestra. Ave Maria.

PRIMERA PARTE.

Nosotros miramos la ceguedad como uno de aquellos extraordinarios castigos con que Dios hiere solamente à los pecadores desesperados; pero nos engañamos, Catholicos. Todo pecado lleva consigo las tinieblas, y estas se aumentan à proporcion del pecado; al principio no son estas tinieblas mas que un espíritu de adormecimiento, que apenas se percibe; ved como se explica el Profeta Isaías: Dios, dice hablando con los pecadores, ha derramado sobre vosotros el espíritu de adormecimiento: *Miscuit vobis Dominus spiritum soporis.* (a) Los efectos que de esto resultan, son, cerrará vuestros ojos: *Claudet oculos vestros.* Todas las visiones, las profecías, y las palabras divinas se presentarán à la vista como las palabras de un libro que está cerrado: *Et erit vobis visio omnium sicut verba libri signati.* Quando se presente este libro al sabio, y al curioso, y se le diga: *Leed en ese libro,* responderá, no puedo, porque nada veo en él, y está cerrado: *Quem cum dederint scienti litteras, dicent: Lege istum, & respondebit, non possum, signatus est enim.* No porque el libro esté cerrado, sino porque sus ojos adormecidos están inútiles para leer. En esto consiste, Señores,

(a) *Isai.* 29. 10.

res, este primer grado de ceguedad, y el espíritu de adormecimiento: *Spiritus soporis*. Veamos el exemplo en los Judios, con motivo del milagro que hoy refiere el Evangelio.

Este es un milagro patente à la vista de todo el Mundo, y hecho expresamente en un camino público: *Præteriens Jesus*. Un milagro superior à todas las fuerzas humanas, pues es nada menos que dar vista à un ciego de nacimiento: *Cæcum à nativitate*. Un milagro executado en la persona de un hombre conocido en toda la Ciudad por su enfermedad, y por su pobreza: *Nonne hic est qui sedebat, & mendicabat*. Un milagro executado con unos medios, que parecen mas propios para quitar la vista, que para restituirla; con saliva, y lodo: *Lutum ex sputo*. Un milagro hecho expresamente por el Salvador, para probar que es el verdadero Mesías, prometido, y enviado de Dios. Quando esta prueba tuviera alguna obscuridad para el Pueblo ignorante, no podía tenerla para los Fariseos, que por estar dedicados al estudio de la ley, sabian que la curacion de los ciegos era un distintivo que havia de ser propio de la persona del Mesías: (a) ellos leían continuamente los libros sagrados, y se los explicaban al Pueblo: à ellos propriamente ponía Dios delante de su vista el libro, y la verdad, y les decía: *Leed*; pero como si el libro estuviera cerrado para ellos, no obstante tener ojos, talento, y luz, nada veían en él; ¿y por qué? Porque ocupando todo su entendimiento, sus pecados, sus pasiones, sus malas costumbres, el amor à los deleytes, y à las riquezas, y una continua atencion à los intereses de la vida, se hacian incapaces de reflexionar en los intereses opuestos. Estaban despiertos para las cosas de la tierra, pero adormecidos para la verdad: *Spiritus soporis*. Advertid, Señores, en vosotros mismos esta des-

(a) *Isai. 35. 5. & 42. 5.*

desgracia que observais en los Judios.

Aquellos hombres reprobados en el capitulo 5. de la Sabiduría, lloran amargamente su desgracia. "Ah, dicen, nosotros nos hemos apartado del camino de la verdad!" *Erravimus à via veritatis*. En esto dicen verdad: la luz de la justicia, añaden, el sol de la inteligencia no se ha manifestado à nuestra vista: *Sol intelligentiæ non luxit nobis*; esto es falso. Nuestro Salvador, responde à ellos, y à nosotros: "Que la luz vino al Mundo, pero que los hombres han amado mas las tinieblas, que la luz; porque sus obras eran malas, y todo hombre que obra mal aborrece la luz:" *Omnis enim qui male agit odit lucem*. (a) Confesad, pues, pecadores, que siempre que obrais mal, aborreceis todo lo que os puede hacer ver la malicia de vuestras obras; y consiguientemente hui la vista de vuestros pecados, y de vuestra conciencia, la consideracion de vuestras obligaciones, la idea de vuestra eterna salud, la imagen de vuestra muerte, la memoria de vuestro Dios, y de sus terribles juicios: se oculta à vuestra vista todo quanto puede servir de luz, y ocasionaros molestia en vuestros placeres. Este disgusto forma en vuestros entendimientos un habito como natural de no pensar en estas cosas, de mirarlas como si no existieran, à lo menos para vosotros, y como si vosotros no tuvierais ni ojos para verlas, ni talento para entenderlas: lo que derrama sobre vuestro entendimiento, y sobre vuestros ojos esta obscuridad, es el amor à los bienes de la tierra, la distraccion de vuestro corazon, la esclavitud de vuestros sentidos, y el encanto de los bienes frivolos del Mundo: *Fascinatio nugacitatis obscurat bona*. (b) Esto es, dice el Sabio, lo que os priva del conocimiento del verdadero bien; y vosotros mismos no podreis menos de confesar, que esta es la primera ceguedad de los pecado-

(a) *Joann. 3. 20.* (b) *Sap. 4. 12.*
Tom. III. Yy

dores: ahora vereis, que este adormecimiento, este primer grado de ceguedad es inescusable: *Latet enim eos, hoc volentes*, porque es efecto de vuestra propia voluntad, lo que vereis con claridad en las reflexiones siguientes.

I. La primera es acerca de la sutileza, y penetracion de vuestro entendimiento en las demás materias. ¿Por qué no ha de tener éste igual penetracion en las materias concernientes à vuestra eterna salud? Nos admiramos de la crueldad de aquel gefe de los Ammonitas, que puso por condicion de paz à sus enemigos, el que se dexasen sacar el ojo derecho: *In hoc feriam vobiscum fedus, ut eruum omnium vestrum oculos dextros.* (a) Pues esta misma crueldad exercitamos con nosotros mismos. Nosotros, Catholicos, nos privamos del uso del ojo derecho, que nos es el mas necesario, y solamente conservamos el izquierdo, y malicioso que se fija en los objetos vanos: somos curiosos en aprender las ciencias, y descuidados en saber nuestras obligaciones: somos sutiles acerca de los intereses, y rudos en orden à la conciencia: cuidamos de la fortuna, y miramos con indiferencia la salvacion: nos asustan los cuidados de la vida, y nos dormimos acerca de los de la eternidad: nos molestan las necesidades del cuerpo, y ningun caso hacemos de las del alma: finalmente, tenemos luz suficiente para las cosas del Mundo, y somos ciegos para las de Dios.

Lo que pudiera servirnos de excusa en algun modo, sería el ignorar absolutamente la importancia de estos puntos que despreciamos: pero profesando una fé, que nos representa à Dios como el principal de todos los entes, à la salvacion como el mayor de nuestros intereses, al alma como la parte mas noble de nosotros mismos, y à la eternidad como la consumacion de todo;

(a) 1. Reg. 1. 1. 2. (a) .00 .g .uuu0? (a)
111 .moy

que creyendo, confesando, y adorando estas verdades, no nos las propongamos por objeto de nuestro estudio, no hagamos caso de ellas, nos las ocultemos, y nos adormezcamos; ¿no es una ceguedad inescusable?

Examinad el talento de una persona del Mundo; allí hallareis noticias, especies, y ideas de todos los placeres, de todas las vanidades, de todo genero de astucias, de ardidés, y de sutilezas; para todo hay capacidad en aquel entendimiento; hasta para las ficciones, y fabulillas: ¿pero qué lugar, qué puesto ocupa Dios en él? Allí se halla todo el Mundo, y no se halla Dios. ¡Ah, Catholicos! Que los Infieles no piensen mas que en sus placeres, no es extraño, porque no tienen ley que se los prohiba; conforman su conducta con los principios de su nacimiento, y de su educacion; nacieron en tinieblas, y caminan entre tinieblas: pero vosotros, Catholicos, que nacisteis en la luz, con unos principios tan claros, tan justos, y tan evidentes, que vosotros no queráis abrir los ojos, y examinar estos principios, es una ceguedad que no tiene semejança. ¿Será acaso tan ciego como vosotros el Infel, o el Bárbaro? Estos, decia Isaías, son ciegos que no tienen ojos; pero el Christiano es un Pueblo ciego con ojos: *Populum cæcûm, & oculos habentem.* (a) ¿Quién de estos dos es mas delincente, o el ciego que no tiene ojos de que poderse valer, o el ciego que tiene ojos, y no quiere servirse de ellos? ¿Pues qué excusa podremos nosotros alegar?

II. La segunda reflexion nos hace todavia mas inescusables, y es la penetracion de nuestro entendimiento, no solamente en las materias indiferentes para nuestra eterna salud, sino tambien en las que se ordenan à ella, quando se trata de la conducta, y obligaciones ajenas: ¿pues por qué no ha de ser igual nuestra penetracion acerca de nuestras propias obligaciones? Aquel famoso

(a) Isai. 43. 8.

Fariseo que iba à orar al Templo, estendia desde allí la vista por todo el Universo; se compadecia de lo apartado que iban los demás hombres de los caminos de Dios, porque unos eran avaros, otros injustos, y otros impudicos, y se miraba à sí mismo con complacencia por estar exento de todas estas vergonzosas pasiones: *Non sum sicut ceteri.* (a) ¡Pero oh, maivada sutileza! Si te compadeces tanto de los desordenes agenos, si ves tan distintamente las faltas de cada estado, ¿por qué no reparas en la maldita sutileza que à tí te domina? ¿Se oculta por ventura à la vista la fealdad de este pecado? ¿Es posible que se ha de presentar à tu imaginacion Dios como vengador de la impureza, y no se ha de presentar como vengador de la ambicion? ¿Es posible que has de saber con tanta exactitud lo que está escrito en la ley contra los violentos, y los avaros, y que nada has de encontrar en esa ley contra tu soberbia, que es insufrible à todos, y solamente desconocida de tí mismo? La paja que se halla en el ojo de tu proximo, ¿ha de ofender tu vista, y la viga que cubre los tuyos no ha de hacer en tí la mas leve impresion? Aquel Fariseo, de que habla San Lucas, solamente es culpado de soberbia, y vosotros, mas culpados que él, acaso tendreis todas las pasiones que él notaba en los demás, è imputareis à delito en los justos las menores imperfecciones; los insultareis por sus mas ligeras flaquezas; os manifestareis contra ellos zelosos de los intereses del Dios, y de la salvacion que despreciais. Si el Señor os juzga por los decretos que vosotros pronunciais contra las pasiones de vuestros proximos, ¿cómo podreis escusar vuestro adormecimiento, vuestro olvido, y vuestra ceguedad acerca de vuestras pasiones, y de vuestra salvacion?

III. La tercera reflexion que nos priva de toda escusa es la penetracion de nuestro entendimiento en orden

(a) Luc. 18. 11.

à nuestras propias pasiones, quando las miramos en otros: ¿pues por qué no hemos de ser igualmente hábiles para conocerlas, y condenarlas en nosotros mismos? El ambicioso no vé el desorden de la ambicion, y vé el de la avaricia; no me admiro; pero el ambicioso condena el desorden de la ambicion en su competidor, y no le condena en sí mismo: Que el murmurador condene la murmuracion quando ésta se dirige contra él, y que no la condene quando él murmura de otros, es cosa que espanta: Que un padre llore los desordenes de su hijo, y se complazca en los suyos: Que una madre se asuste al ver las ligerezas de su hija, y no se averguence de sus propios excesos, es un encanto incomprehensible: todos convenimos en estos principios generales; es à saber, que la ambicion es odiosa, la murmuracion infame, y la injusticia digna de horror: ¿pues por qué no nos aplicamos à nosotros estos principios, y nos decimos personalmente: siendo, como somos en la realidad, ambiciosos, murmuradores, è injustos, somos odiosos, infames, y dignos de horror?

¿Dónde estaba el entendimiento de David despues del robo de Bethsabé, y el asesinato de su esposo? El Profeta Nathan se quexa à él de la crueldad de un rico, que havia robado à un pobre una oveja que era toda su delicia; David, indignado al oír una accion tan infame, dice, es reo de muerte, y morirá: *Vivit Dominus quoniam filius mortis est.* (a) Aquellas ideas de equidad natural, que todavia vivian en su corazon, se despiertan inmediatamente contra la injusticia de otro: vos sois, dice Nathan, vos sois ese ladron. ¡Ah! Vos teneis ojos para ver la crueldad del rico, y no los teneis para ver vuestra propia crueldad: vos estais ciego para verla, y todo Israel la está viendo. Si el rico es reo de muerte, ¿qué pena merecereis vos? David vé, y no vé el de-

(a) 2. Reg. 12. 5.

lito; le condena, y le escusa; le condena en su próximo, y le ama, y sufre en sí mismo. Este David, Catholicos, este David en este estado sois vosotros mismos: *Tu es ille vir*. Esta obscuridad del entendimiento es efecto de vuestro pecado, y el espíritu de adormecimiento: primer grado de la ceguedad del hombre: *Spiritus soporis*. Ya haveis visto que en este punto es inescusable: pasemos al segundo grado, que es el espíritu de aturdimiento: *Spiritus vertiginis*.

SEGUNDA PARTE.

EL Profeta Isaías se explica de este modo: *Dominus miscuit in medio ejus spiritum vertiginis*. (a) El Señor derramó en medio de Egipto un espíritu de aturdimiento, y el efecto que produjo fue: *Et errare fecerunt Ægyptum in omni opere suo, sicut errat ebrius, & vomens*. Egipto equivocaba todas sus obras como sucede à un hombre aturdido con los vapores del vino. En este estado de embriaguez, ¿qué trastorno, y corrupcion no padecen todas las ideas? Lo que es honesto parece vergonzoso; lo que es vergonzoso parece honesto; lo facil parece imposible; y lo imposible facil, porque estando transtornadas las especies, todos los juicios que de ellas resultan son corrompidos. Examinemos, pues, esta segunda ceguedad en los Escribas: la primera no era mas que una obscuridad del entendimiento; la segunda es la corrupcion del mismo entendimiento.

Mandan al ciego que se presente, y le preguntan acerca de su mal, y de su libertador: *¿Tu quid dicis de illo qui aperuit oculos tuos?* (b) ¿Qué dices tú? ¿Qué piensas de aquel que te ha curado? Admirad aquí, Señores, el influxo que tiene la pasion en los juicios de los hombres. Este joven sencillo, ingenuo, libre por su pobre-

(a) *Isai. 19. 14.* (b) *Joann. 9. 1. 2.*

broza de los intereses, y movimientos que agitan à los Grandes, y à los ricos, abraza sin dificultad los intereses de la verdad; no halla motivo que le obligue à ocultarla, ò disimularla. Yo sé, responde, que este hombre es Profeta: *Quia Propheta est*. Me parece que este hombre nada podria sino viniere de Dios: *Nisi esset hic homo à Deo, non poterat facere quicquam*. Y me parece que vosotros procederiais bien en haceros discipulos suyos: *Numquid, & vos vultis discipuli ejus fieri*. Ved aquí, Señores, la sinceridad de un hombre, que siendo pobre no se averguenza de reconocer los dones de Dios en un pobre como Jesu-Christo.

Pero aquellos Fariseos avaros, soberbios, envidiosos, zelosos de su autoridad, temerosos de la censura, è incapaces de correccion, ¿qué juicio hacen del Hijo de Dios? Su conclusion es, que este hombre no viene de Dios: *Non est hic homo à Deo*; que ellos saben, que es un hombre malo: *Nos scimus qui hic homo peccator est*; que es cosa manifesta, que no guarda el Sabado: *Qui Sabbathum non custodit*. Para llegar à formar estas injustas decisiones, ¿quántos juicios corrompidos debian haver precedido en el entendimiento de aquellos falsos Jueces? Para esto era necesario que huviesen establecido por maxima, que curar à un enfermo en dia de Sabado, era violar la santidad de aquel dia; que no correspondia à la grandeza de Dios haver elegido por Mesías à un hombre pobre; que no podia haver otro Mesías que un Conquistador; ni otro Reyno de Dios en la tierra, que el que estuviese adornado de opulencia, y honor; ni otros amigos de Dios mas que los ricos; ni otras bendiciones de Dios mas que las temporales. Todas estas maximas eran opuestas à la ley, à las profecias, à la conciencia, à la religion, y à la verdadera idea que el hombre debe formar del gobierno de Dios. Todas estas maximas eran formadas de las ilusiones de la carne, y de los sentidos. Esta carne, y estos sentidos corrompidos,

dos, produxeron estos vertigos, y este aturdimiento. Estos Judios que se preciaban de ser discipulos de Moyses: *Nos Moysi discipuli sumus*, no eran en la realidad mas que discipulos de sus pasiones, y solamente juzgaban, discurrían, y pronunciaban con arreglo à ellas: *Spiritus vertiginis*. ¡Lastimoso aturdimiento! Pero veamos si es menor el nuestro.

Nosotros, Catholicos, estamos experimentando esta desgracia desde el principio del Mundo. Eva, siendo todavía inocente, creyó al Criador, que la dixo, que el fruto prohibido la sería mortal: *Morte morieris*: Pero luego que oyó al tentador, este fruto mortal, segun el testimonio de su Dios, la pareció bueno al juicio de sus sentidos: *Vidit quod bonum esset lignum ad vescendum*. (a) Del mismo modo los pecadores, à proporcion que se entregan al pecado, quedan comprehendidos en la maldicion pronunciada por el Profeta Isaías, contra los que llaman bien al mal, y dulce à lo amargo: *Ponentes amarum in dulce*; (b) y que por el contrario llaman malo à lo que es bueno, y amargo à lo que es dulce: *Et dulce in amarum*.

¿Hay, Señores, cosa mas comun, que figurarnos los mas infames excesos, como diversiones inocentes; las mas crueles injusticias, como sutilezas del entendimiento; las mas atroces calumnias, como indiscreciones; las venganzas, como justos resentimientos; y los mas abominables vicios, como fragilidades dignas de perdon? Esto es mirar al mal como bien, y à la amargura como dulzura. Por el contrario, no hay cosa mas comun que mirar la virtud como quimera, la devocion como simplicidad, las obligaciones de la religion como molestias importunas, como una pesada cadena, y como un yugo insufrible para el linage humano. Esto es mirar al bien como mal, y à la dulzura como amargura: *Amarum in dulce*.

(a) Genes. 2. 6. (b) Isai. 5. 20.

dulce, & *dulce in amarum*. Este es el vertigo, y la corrupcion del entendimiento: *Spiritus vertiginis*; pero este vertigo es en vosotros inexcusable, porque es voluntario: *Latet eos hoc volentes*. Oid la prueba en dos reflexiones.

I. ¿No es cierto que la culpa os parece una cosa inocente, y el bien os parece mal, solamente despues que el Mundo, los placeres, y el interés corrompieron vuestro corazon? Acordaos de los felices tiempos de vuestra primera inocencia; ¿podeis pensar en ellos sin suspirar? *Quando erat omnipotens mecum*, decia Job. (a) Quando Dios estaba con vosotros, quando caminabais guiados por la claridad de su luz: ¡Oh, quién pudiera volver à gozar de aquellos felices dias! *Sicut fui in diebus adolescentiæ meæ*. ¡Quién pudiera restableceros en el candor de vuestra juventud! Entonces el Infierno os atemorizaba; el nombre de Dios os mantenía en respeto, y el pecado, que es ofensa suya, os daba susto. Esto era, decís, efecto de la credulidad que acompaña siempre à la infancia: con la edad, y la experiencia se adquieren otras luces, y se hacen otras reflexiones. Es verdad, la razon crece con la edad; ¿pero no crecen tambien con la edad las pasiones? Es verdad que cada dia discurrís con mas viveza; pero tambien lo es que cada dia deseais con mas ansia, amais con mas ardor, aborreceis mas obstinadamente, y son mas insaciables todos vuestros deseos: haveis adquirido con la edad mas luces, y mas sutileza; pero tambien os haveis hecho mas artificiosos, mas interesados, mas maliciosos, mas vanos, mas sobervios; en una palabra, mas apasionados. ¿Qué podreis decir à esto? Imputais la pureza de vuestras primeras ideas, y la docilidad de vuestra juventud à la flaqueza de la razon que entonces os alumbraba; ¿pues por qué no imputais la libertad, y corrupcion

(a) Job 29. 2.
Tom. III.